

## EL PARAGUAS

Otro año más que llueve durante la cabalgata de Reyes.

Desde el soportal donde me refugio veo cómo jarrea. Han pasado diez minutos desde que terminó el desfile y sigo mirando el asfalto mojado. No me apetece llegar a casa con mi nuevo abrigo empapado.

Ante mí aparece una mano sosteniendo un paraguas. El hombre lo deja colgando en mi brazo y veo cómo se aleja bajo la lluvia. Lo sigo con la mirada hasta que se pierde entre los miles de paraguas. Caminando rápido y evitando los charcos llego a la boca de metro más cercana.

Consigo un asiento, qué suerte la mía. Al llegar a la siguiente parada, una mujer que rozará los setenta años entra sosteniendo una bandeja con ambas manos. Nada más verla, me levanto y la cedo el sitio.

...

Sonrío a la joven. Mis rodillas le dan las gracias. Las pastas siguen calientes bajo el envoltorio de papel y el vagón se ha impregnado de un olor a vainilla que abre el apetito a cualquiera.

- HueLEN muy bien - me dice un niño frente a mí.
- ¿Quieres una? - le ofrezco la bandeja, mirando a su madre en busca de una señal de aprobación. - Están rellenas de chocolate - susurro y le guiño un ojo.

La ilusión llena su rostro de alegría.

...

He dicho adiós a la anciana que me ha dado la galleta. Todavía la estoy saboreando. Al salir del metro veo a un señor pidiendo dinero. Tiro de la manga del abrigo de mamá y lo señalo.

- Cariño, esas personas han tenido dificultades en la vida y nuestra ayuda vale por mil. Cualquier gesto, por pequeño que sea, lo van a agradecer.

Busco en el bolsillo de mi abrigo y saco dos caramelos de fresa de la cabalgata de Reyes. Mamá asiente y los dejo en la visera que ha colocado en el suelo.

De camino a casa, veo a un joven corriendo.

- Me pregunto qué sucederá para que vaya con tanta prisa. - murmura mamá.

...

Corro bajo la lluvia. El autobús sigue detenido en la parada. Consigo llegar antes de que arranque. Busco entre los bolsillos de la cazadora.

- No es posible, no es posible – me lamento.

No encuentro la cartera, he debido olvidarla en casa con las prisas y no tengo dinero para pagar el billete. El conductor me mira y me transmite comprensión.

- No se moleste, pase tranquilo. – me dice amablemente.

Me siento junto a la ventana. Las luces navideñas decoran la ciudad. Las calles se tiñen de verde y rojo. Me gusta pensar que es no solo este sentimiento navideño el que nos hace cometer locuras, sino que vivimos en un mundo amable.

Miro mi ropa, calada por la lluvia, y me descubro sonriendo, ¿por qué se me ocurriría dar el paraguas a esa joven desconocida?

**DJ TEOFILO**